

# 1704: GIBRALTAR EN EL MARCO DE UN CONFLICTO EUROPEO

*José Calvo Poyato*

La muerte sin descendencia de Carlos II no sólo marcó el final de la Casa de Austria en España, sino la llegada de los Borbones –los grandes rivales de los Habsburgo en su largo contencioso por la hegemonía continental– al trono de España. En virtud del testamento otorgado por *el Hechizado*<sup>1</sup> su sucesión, siempre y cuando quedase salvaguardada la separación de las coronas de Francia y España, quedaba en manos de un nieto de Luis XIV de Francia: Felipe, duque de Anjou. Sin embargo, lo que dicho testamento establecía no iba a cumplirse fácilmente por cuanto los intereses que en dicha sucesión había en juego, junto a la arrogancia que se manifestó desde Versalles, llevaron a un largo conflicto que asoló buena parte de Europa durante más de una década: la llamada guerra de Sucesión española.<sup>2</sup> Su conclusión, a la postre, significó el asentamiento de los Borbones en el trono de España, la liquidación de las posesiones españolas en Europa y la transformación del modelo de Estado que había presidido la monarquía hispana en tiempo de los Austrias –una monarquía descentralizada gobernada por organismos diferentes y con legislación diferenciada–, dando paso a formas gubernativas fuertemente centralizadas, gobernadas según el modelo implantado en la Corona de Castilla.

---

<sup>1</sup> *Testamentos de los reyes de la Casa de Austria. Testamento de Carlos II.* Edición facsimil y estudio introductorio a cargo de Antonio Domínguez Ortíz. Madrid, Editora Nacional, 1982.

<sup>2</sup> *Vid.* José Calvo Poyato: *La guerra de Sucesión.* Anaya. Madrid, 1988 y José Calvo Poyato: *Guerra de Sucesión en Andalucía.* Málaga, Editorial Sarriá. 2002.

## 1. UN PROBLEMA SUCESORIO DE DIMENSIONES INTERNACIONALES

En efecto, a finales del siglo XVII uno de los asuntos que más revuelo levantaba en las chancillerías europeas era la falta de descendencia del monarca español, a quien, incluso, se consideraba víctima de un hechizo<sup>3</sup> que le impedía engendrar un heredero. El interés de las potencias europeas de la época estaba fundamentado en que, pese a la graves crisis que arrastraba la monarquía hispánica desde había muchas décadas, y que le había llevado a un lamentable estado de postración, sus recursos, convenientemente administrados, eran fabulosos porque fabulosa era la extensión de su imperio colonial que, pese a las dificultades señaladas, se mantenía casi intacto al otro lado del Atlántico. En las postrimerías del reinado de Carlos II la corte madrileña era un hervidero de intrigas, presiones y banderías<sup>4</sup> que buscaban, mediante todo tipo de presiones, decantar la voluntad del débil monarca a favor de sus intereses. Dos eran los bandos principales que se disputaban el favor regio. Por un lado, los imperiales quienes entendían que los lazos de sangre entre Madrid y Viena eran el elemento fundamental para tomar una decisión. De esa opinión era la reina Maria Ana de Neoburgo y un reducido núcleo de cortesanos, entre los que se encontraban el Gran Almirante de Castilla y el conde de Frigiliana. Por otro, los "franceses", cuya débil posición, como consecuencia de las agresiones que el *Rey Sol* había protagonizado de forma reiterada a lo largo del reinado contra los intereses españoles en Europa, estaba clara. Sin embargo, la generosidad francesa en la paz de Ryswick había mejorado mucho las opciones galas. A ello habría que unir que el oro francés corrió abundante por Madrid comprando voluntades y haciendo aliados donde antes sólo había rechazo y animadversión. Partidarios de una sucesión francesa eran el todopoderoso primado de España, cardenal Portocarrero, el popular corregidor de Madrid, don Francisco Ronquillo, y la mayor parte de los integrantes del Consejo de Estado, el máximo órgano de gobierno de la monarquía.

Los "franceses", además, habían logrado sacar de la corte a algunos de los más decididos e influyentes partidarios del emperador, como ocurrió con el conde de Oropesa, desterrado de Madrid, después de que el pueblo se amotinase por causa de la carestía de los alimentos de primera necesidad, como consecuencia de algunos movimientos especulativos a los que no era ajena la esposa de Oropesa.

Aunque en la corte de Madrid el desequilibrio entre las dos facciones era patente, la voluntad del rey se resistía a entregar sus reinos a un familiar de quien había actuado de forma tan agresiva como lo había hecho Luis XIV. También influía en el ánimo del monarca español el hecho de que hasta Madrid llegaban escandalosas noticias acerca de manejos e intrigas entre las cortes de Versalles, Londres y La Haya, afirmándose la existencia de acuerdos entre Francia, Inglaterra y Holanda en virtud de los cuales, dichas potencias, a la muerte de Carlos II, se repartirían los vastos dominios que integraban la monarquía hispánica. Para el último de los Austrias españoles había de ser muy dolorosa una decisión que entregase el trono en que su familia se había sentado durante casi doscientos años a un miembro de la familia de su más encarnizado enemigo, quien, por añadidura, orquestaba el reparto de sus dominios en vida suya, sin el menor pudor. En una dramática sesión del Consejo de Estado en la primavera de 1700 a la que, cosa extraordinaria, acudió el propio rey, Carlos II rechazó, en uno de los pocos gestos de gallardía que conocemos de su débil personalidad, la actitud de entreguismo de que hacían gala sus consejeros, ante las noticias que llegaban de Fuenterrabía y La Junquera. Los gobernadores de ambas plazas fronterizas señalaban, apesadumbrados, cómo los franceses concentraban hombres y pertrechos al otro lado de la frontera como una forma de coaccionar las decisiones que Madrid fuese a tomar en materia de sucesión. Ambos militares se quejaban de que apenas contaban con efectivos para hacer frente a un posible ataque francés.

<sup>3</sup> José Calvo Poyato: *Carlos II el hechizado y su época*. Editorial Planeta. Barcelona, 1991.

<sup>4</sup> Para el conocimiento de los entresijos cortesanos todavía se leen con aprovechamiento las obras del Duque de Maura: *Carlos II y su corte*. II volúmenes. Madrid, 1911 y 1913 y *Vida y reinado de Carlos II*. Editorial Aguilar. Madrid, 1990. También la excelente recopilación del príncipe Adalberto de Baviera y Gabriel Maura Gamazo: *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria*. V volúmenes. Madrid, 1927-1935.

## 2. EL DUQUE DE ANJOU SE CONVIERTE EN FELIPE V

En octubre de dicho año un Carlos II a las puertas de la muerte –fallecería el primero de noviembre–, tomaba la decisión de entregar su corona al nieto de Luis XIV. Su resistencia había sido tal que llegó a pedir al mismísimo Papa que le diese su opinión. En Roma el dictamen de una comisión cardenalicia creada al efecto fue que la mejor solución, a falta de descendencia, era disponer en el testamento la sucesión en el duque de Anjou. Tal vez, el monarca español buscaba con aquella recomendación tranquilizar su conciencia, ante la grave decisión que se veía abocado a tomar.

Pocos días después del fallecimiento del rey, llegó a Versalles la noticia de su muerte y el testamento del rey. La arrogancia de Luis XIV, que en esta ocasión se unía a los miedos del cardenal Portocarrero, hizo que la entrega a un Borbón de la más extensa monarquía de la época pareciese la aceptación de una limosna. En Madrid, donde corrían todo tipo de rumores, sobre la actitud del monarca francés acerca de la aceptación del testamento, fueron muchos los que respiraron aliviados cuando llegaron noticias de que se aceptaba el testamento. También fueron muchos los que se sintieron ofendidos en su orgullo, al considerar que parecía que más que entregar una corona se mendigaba un rey.

Las reacciones en las cortes europeas no se hicieron esperar porque aquella era una decisión que, demorada largo tiempo, afectaba a todos. En Viena, la capital imperial, no daban crédito a las noticias que llegaban de Madrid. El emperador Leopoldo estaba convencido de que la fuerza de la sangre acabaría por imponerse en la decisión del rey de España. Se rechazó el testamento, afirmándose que oscuros manejos habían torcido la verdadera voluntad de Carlos II. En Londres y La Haya se aguardó la respuesta de Versalles porque en ambas capitales se esperaba que Luis XIV rechazase el testamento y cumplierse los acuerdos de reparto firmados con ellos. Al tenerse conocimiento de que se aceptaba el testamento, ingleses y holandeses protestaron y tacharon al monarca de felón. Sin embargo, al tener conocimiento de que el testamento de Carlos II<sup>5</sup> indicaba que bajo ninguna circunstancia las dos coronas –la de Francia y la de España– podían unirse en una misma persona, decidieron mantener un compás de espera frente a las peticiones que el emperador propugnaba desde Viena para lanzarse a la guerra contra los Borbones.

En Inglaterra y Holanda los celos iban mucho más allá de sentirse engañados por Luis XIV. Para Londres la posible creación de un bloque borbónico que uniese a Francia y España era una amenaza para sus aspiraciones marítimas y comerciales. Para La Haya era una pura y simple cuestión de supervivencia, por cuanto anteriormente las tropas francesas habían invadido su país con el propósito de anexionar sus territorios a la monarquía francesa. Tan grave llegó a ser la situación que el estatúder, Guillermo de Orange decidió inundar su propio país, rompiendo los diques que contenían las aguas del Atlántico para frenar el avance de las tropas francesas. Ambas potencias pidieron una declaración explícita a Luis XIV de que la aceptación de la corona de España para su nieto llevaba implícita el que bajo ningún concepto ambas monarquías no podían unirse jamás. La arrogancia de Luis XIV hizo oídos sordos a las demandas planteadas y desde Versalles no se hizo explícita una declaración en este sentido. El silencio fue interpretado como un rechazo a la propuesta e ingleses y holandeses –las denominadas, en aquella época, con el nombre de las potencias marítimas, aludiendo a su poderío naval– se aprestaron para la guerra. Era lo que en Viena estaban esperando, ya que los austriacos habían roto las hostilidades, atacando posiciones españolas en el norte de Italia, al reclamar el ducado de Milán que consideraban un feudo imperial. Se firmó la Gran Alianza de La Haya, cuyo objetivo fundamental era batir a los Borbones de Francia y España y sentar en el trono de Madrid al archiduque Carlos, segundo de los hijos del emperador Leopoldo, con el compromiso explícito de que en ningún caso heredaría el título imperial.

<sup>5</sup> Así se recogía en la cláusula 13 del testamento, la única verdaderamente importante, donde se explicaban las causas que llevaban a Carlos II a tomar la decisión de que el duque de Anjou fuese su heredero, justificándola y señalando la línea sucesoria en caso de muerte o de que en algún momento prefiriese la corona de Francia a la de España.

### 3. UN CONFLICTO INTERNACIONAL: LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA

Los aliados de La Haya buscaron adhesiones a su causa, que encontraron en Portugal y Saboya, al encontrarse ambos países amenazados de lo que en Europa se consideraba el expansionismo borbónico –Francia había mostrado sus apetencias sobre el ducado italiano, limítrofe con su frontera sudeste y Portugal hacía sólo tres décadas que había alcanzado la independencia de España, en una paz firmada en Madrid, a regañadientes, en 1668–. Por su parte los Borbones sólo lograron sumar a su causa a algunos príncipes del imperio, enfrentados al poder de los Habsburgo en el seno del mismo.

Un año después de la muerte de Carlos II la decisión testamentaria del monarca español se resolvería con las armas en la mano. Media Europa se enfrentaba a otra media en un conflicto generalizado, provocado por la importancia de la sucesión a la corona española y por la arrogancia de Luis XIV. Se luchó en el norte de Italia, en los Países Bajos, en la frontera franco-alemana, en la península Ibérica. Se combatió en tierra y en mar. Era la guerra de Sucesión española, que también tuvo una dimensión de contienda civil entre los propios españoles, al dividirse las preferencias entre Austrias y Borbones, lo que llevó al levantamiento de los territorios forales de la Corona de Aragón, al entender que estaban el peligro sus singularidades políticas en el marco de la monarquía hispánica.

Como hemos señalado, la ruptura de hostilidades se produjo en el norte de Italia donde los austriacos se enfrentaban con suerte diversa a las tropas francoespañolas. El propio Felipe V, que acababa de contraer matrimonio con Luisa Gabriela de Saboya –matrimonio que no impidió la entrada de los saboyanos en la guerra al lado de los aliados– se trasladó a Italia donde participó en algunas acciones bélicas como Luzzara y Santa Victoria. En 1703 regresó a Madrid porque, además de echar de menos a su joven esposa, se habían producido defecciones para su causa, algunas tan sonadas como la de don Tomás Enríquez de Cabrera y las noticias que llegaban del principado de Cataluña eran poco alentadoras. Se hablaba de que eran muchos los naturales que se mostraban partidarios de los Habsburgo e incluso se barajaba la posibilidad de que al calor de los catalanes, el propio archiduque Carlos desembarcase en Barcelona. Por otro lado, la entrada de Portugal en la guerra había proporcionado a los aliados una magnífica base operaciones para actuar en la península Ibérica.

Junto a ello la amenaza que significa el merodeo de las flota angloholandesa por las costas españolas, donde habían protagonizado dos sucesos sonados. En octubre de 1702, el saqueo de las poblaciones de la bahía gaditana<sup>6</sup> que le proporcionó un rico botín, pero que levantó la animadversión de la población al ser saqueados conventos y parroquias, lo que unido a la nacionalidad de los atacantes dio pábulo –alentado desde las instancias religiosas– a que el pretendiente austriaco llegaba de la mano de herejes, enemigos de la religión católica.<sup>7</sup> Pocos meses después, en la primavera de 1703, la misma escuadra que había saqueado Rota y el Puerto de Santa María, atacó a la flota de Indias en la ría de Vigo. Las noticias sobre las consecuencias de este suceso, que levantó una verdadera conmoción son contradictorias. Por una parte, se ha sostenido que los metales preciosos transportados por los barcos habían sido descargados cuando llegaron los anglohollandeses; por otra, se afirma que problemas burocráticos lo impidieron y aquellos se apoderaron de la mayor parte del oro y de la plata. Una tercera versión señala que la mayor parte de los tesoros fueron a parar al fondo de la ría porque ante la imposibilidad de su descarga fueron hundidos con los galeones.<sup>8</sup> Lo que es seguro fue el hundimiento de la flota española, de cuyo quebranto tardaría muchos años en reponerse.

En el marco de este conflicto internacional hay que situar la acción bélica que en 1704 llevaría a la conquista inglesa de Gibraltar.

<sup>6</sup> Vid José Calvo Poyato: "Atacan los ingleses. Estragos y pillaje en la bahía de Cádiz a comienzos de la guerra de Sucesión" en *Historia-16* número 85. Madrid, mayo de 1983.

<sup>7</sup> María Teresa Pérez Picazo: *La publicística en la guerra de Sucesión española*. II volúmenes, Madrid, C.S.I.C. 1966.

<sup>8</sup> La creencia de que buena parte del oro de la flota de Indias hundida en la ría de Vigo se encuentra en el fondo de la misma llevó a la creación de una sociedad por acciones para la búsqueda del tesoro de los llamados *Galeones de Vigo*. Por su parte, los ingleses, bien porque lograron hacerse con parte del oro de la flota, bien como elemento de propaganda acuñaron monedas con la leyenda *Vigo, 1703*.

#### 4. LOS INGLESES SE APODERAN DE GIBRALTAR

En la primavera de 1704 una flota angloholandesa surcaba las aguas del principado de Cataluña con el propósito de exaltar los ánimos de los numerosos partidarios del archiduque Carlos en aquellas tierras. La escuadra, mandada por el almirante Rooke, estaba formada por medio centenar de buques de guerra ingleses y diez más holandeses, cerca de tres mil quinientos cañones se alineaban en los costados de los barcos y llevaban a bordo un ejército de 20.000 hombres. Completaban la flota un importante número de barcos auxiliares. En uno de los barcos iba a bordo el príncipe Jorge de Hesse Darmstadt, que había sido virrey de Cataluña en tiempos de Carlos II, donde dejó un buen recuerdo entre los naturales. Sin embargo, los propósitos de sublevar el principado no se pudieron materializar, entre otras razones por la diligencia que mostró el nuevo virrey, don Francisco de Velasco. La flota puso rumbo al sur siguiendo la línea de la costa levantina, sin grandes premuras, aunque la orden era abandonar las aguas del Mediterráneo. Es en esta tesitura cuando el almirante inglés toma una decisión histórica.

Concedor Rooke de la lamentable situación en que se encontraban las defensas de Gibraltar, decidió dar un golpe de mano. En efecto, la guarnición de la plaza estaba compuesta por ochenta hombres a los que en caso de apuro se podrían sumar los varones del vecindario de la ciudad, mucho más numerosos pero poco diestros en el manejo de las armas. El número de piezas de artillería que guarnecían sus defensas era considerable, llegando al centenar; pero los artilleros apenas eran media docena y la mayor parte de las piezas estaban desmontadas, por lo que resultaban inservibles para la defensa. El gobernador militar, don Diego Salinas había realizado numerosas peticiones en demanda de medios y hombres con que fortificar el Peñón, sin que sus peticiones obtuviesen la respuesta adecuada, pese a que todo el mundo reconocía la importancia estratégica del enclave, desde el que se podía controlar el paso del Mediterráneo al Atlántico.

El 1 de agosto de 1704 la flota angloholandesa apareció en aguas de la bahía de Algeciras. El príncipe Jorge de Hesse Darmstadt en nombre del archiduque Carlos hizo un llamamiento a los gibraltareños para que le acatasen como soberano y le jurasen fidelidad. Incluso se hizo entrega de una carta del nominado por sus partidarios como Carlos III. Tanto el gobernador militar, Salinas, como el corregidor de la ciudad, don Cayo Antonio Prieto Lasso de la Vega, rechazaron la invitación y decidieron resistir, pese a la abrumadora diferencia de hombres y medios que existía. Respondieron con brevedad, señalando que la ciudad tenía jurado por su rey y señor a Felipe V y que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas como muestra de fidelidad a su legítimo soberano.

Los días 2 y 3 la escuadra permaneció fondeada en la Bahía, confiando en que su sola presencia intimidaría a los gibraltareños y les invitaría a entregar la plaza. No fue así porque un ultimátum lanzado por el príncipe de Darmstadt encontró igual respuesta.

Al amanecer del domingo 4 de agosto los cañones de treinta de los barcos que integraban la flota abrieron fuego contra Gibraltar, iniciando un bombardeo que duró seis horas y que lanzó sobre la ciudad 30.000 proyectiles, según cálculos de don Juan Romero, cura párroco de Santa María. Algunos historiadores reducen esa cifra a la mitad.<sup>9</sup> En todo caso Gibraltar sufrió un terrible bombardeo, como preparación al asalto que se produjo a continuación. Unos cuatro mil soldados desembarcaron en la playa y los muelles, donde se luchó con ferocidad, aunque el desequilibrio de fuerzas era tan patente que la suerte estaba echada de antemano. Los españoles se retiraron al interior de la plaza, donde el gobernador Salinas y el corregidor Prieto reunieron el cabildo municipal para tomar una decisión que permitiese salvar la vida a la población –las mujeres y los niños se habían refugiado en el santuario de la Virgen de Europa–, ante lo inútil de la resistencia. Se decidió la entrega de la plaza al príncipe de Darmstadt bajo capitulación en la que se estipulaba entre otras cosas: a la ciudad y los moradores, soldados y oficiales de ella que quieran quedarse, se le conceden los mismos

<sup>9</sup> Francisco María Montero: *Historia de Gibraltar y de su Campo*. Cádiz, 1860.

privilegios que tenían en tiempos de Carlos II –se obviaba cualquier referencia a Felipe V a quien sus enemigos llamaban el duque de Anjou–. La religión y todos los tribunales quedarán intactos y sin conmoción, supuesto que se haga el juramento de fidelidad a la Majestad de Carlos III como su legítimo Rey y señor.

Se permitiría, así mismo, la salida de la guarnición con bandera desplegada y a todos los vecinos que desearan marcharse, llevando consigo todos los bienes muebles que pudiesen transportar. Acogidos a este título de la capitulación, la práctica totalidad de la población gibraltareña abandonó la plaza. Al día siguiente, 5 de agosto, el cabildo municipal escribió una carta a Felipe V, mostrando su tristeza por la pérdida de la ciudad y justificando su decisión de abandonarla porque "como leales vasallos, no consentiremos sobre nosotros otro imperio que el de V. M Católica".

Según López de Ayala, en Gibraltar solamente permaneció una mujer y algunos hombres.<sup>10</sup> La población de Gibraltar se repartió entre diversos lugares de las proximidades: Tarifa, Medina Sidonia, Ronda, Málaga, Marbella y Estepona. Un importante número de ellos se congregó en torno a la ermita de San Roque, dando lugar al nacimiento de la actual población, que se considera legítima heredera de Gibraltar por cuanto el 21 de mayo de 1706, una vez que el intento de volver la plaza a la soberanía de Felipe V, encomendado al general Villadarias, se reveló como imposible,<sup>11</sup> Felipe V dio instrucciones para que el regidor decano de Gibraltar, convocase a cabildo a los demás regidores y en el sitio que encontrasen más a propósito levantasen una nueva ciudad, que se eligiesen dehesas concejiles y se diesen las correspondientes providencias para la custodia y guarda de los Montes de Propios y Comunes, según la forma en que se tenían en Gibraltar. En una palabra, el rey, ante las dificultades para recuperar Gibraltar, autorizaba la fundación de una nueva ciudad con su correspondiente término municipal, dándose el título de San Roque donde reside la de Gibraltar. En ella quedaron avecindados una buena parte de los leales súbditos de Felipe V que prefirieron las dificultades de aquel destierro a negarle la lealtad que le habían jurado.

## 5. GIBRALTAR EN EL MARCO DEL CONFLICTO INTERNACIONAL

Se ha vertido mucha tinta y todavía hoy, a trescientos años de distancia, se mantienen numerosas dudas acerca de la forma en que se produjo el traspaso de soberanía en agosto de 1704. El marqués de San Felipe<sup>12</sup> y otros autores señalan que la plaza fue entregada al príncipe Jorge de Hesse Darmstadt quien la recibió en nombre del archiduque Carlos de Austria a quien, como hemos señalado, sus partidarios aclamaban como a Carlos III. Sobre la fortaleza de Gibraltar ondeó el pabellón amarillo, distintivo de la Casa de Austria; sin embargo, a las pocas horas dicha enseña fue sustituida por la bandera inglesa y el almirante Rooke, tomó posesión de la plaza en nombre de la reina Ana de Inglaterra. Ignoramos los forcejeos que, sin duda hubieron de producirse entre ambos jefes, pero sin duda hubieron de producirse. A la postre, quien tenía la fuerza de las armas impuso sus condiciones.

Está claro que las intimaciones que se hicieron a la población de Gibraltar lo fueron para que acatase la soberanía de Carlos III y, en consecuencia, era a él a quien se hacía entrega de la plaza. Así aparece, además, recogido en el acta de capitulación, a quien se juraría fidelidad como su legítimo rey y señor. Y es, en un primer momento, el príncipe de Darmstadt quien, como su representante, toma posesión de la plaza en su nombre. Sin embargo, la escuadra que había bombardeado la plaza y las tropas que se habían apoderado de ella eran inglesas (los holandeses parecen siempre en un segundo plano, aunque aportaban un importante número de barcos a la flota y estaban mandados por su propio almirante, Almond, quien en todo momento dejó el protagonismo a Rooke y permaneció en la penumbra de una segunda fila).

<sup>10</sup> Ignacio López de Ayala: *Historia de Gibraltar*. Madrid, 1782.

<sup>11</sup> Sobre el fracasado asedio de Villadarias puede verse José Calvo Poyato "Gibraltar una montaña de calamidades" en *Historia-16* número 64. Madrid, agosto de 1982.

<sup>12</sup> Vicente Bacallar y Sanna, Marqués de San Felipe: *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su Rey, don Felipe V, el Animoso*. II volúmenes. Madrid, 1727.

Así, pues, nos encontramos ante un hecho histórico en el que una plaza, de un extraordinario valor estratégico, pese a lo cual las autoridades españolas la mantenían en un increíble estado de abandono, se rinde a un archiduque del imperio que aspira a ser rey de España; pero esa capitulación se hace ante una flota compuesta por barcos ingleses y holandeses. Era una de las muchas consecuencias que se derivaban de un conflicto de dimensiones internacionales, donde los intereses de los propios aliados que luchaban en un bando eran contrapuestos, aunque les uniese una causa común, como era el miedo a la formación de un hegemónico bloque borbónico a ambos lados de los Pirineos, pero que no iba mucho más allá de ese rechazo.

Todo apunta a que la operación que llevó a la conquista de Gibraltar fue una coyuntura relacionada con el resultado del fracaso de la empresa que había llevado a la flota aliada –la que formaban barcos de las potencias marítimas– al Mediterráneo y que no era otro que promover la sublevación de los partidarios de Carlos III en el principado de Cataluña. Fracasado el intento se decidió salir de unas aguas que resultaban peligrosas por cuanto las bases de aprovisionamiento se encontraban lejos y la flota francesa del Mediterráneo, con base en Tolón, era una seria amenaza. Hay, sin embargo, quien opina que el almirante Rooke, conocedor de las graves deficiencias militares en que se encontraba la plaza, había recibido instrucciones concretas de dar un golpe de mano y apoderarse de ella en caso de que encontrase una ocasión propicia porque sobre Gibraltar podría asentarse uno de los pilares del naciente poder marítimo de Inglaterra. Según esta hipótesis, los ingleses lo tenían todo previsto y la capitulación ante Carlos III fue una forma de envolver sus verdaderas intenciones.

No compartimos esta opinión de la premeditación por la sencilla razón de que si los ingleses eran conocedores de la situación militar de la plaza, algo que nadie discute, habrían tenido numerosas ocasiones para apoderarse de Gibraltar en un ataque sorpresa sobre ella, dada la superioridad marítima que tenían.

En todo caso, la realidad de los hechos pone de manifiesto que fue la internacionalización del conflicto sucesorio español la que les brindó la posibilidad de apoderarse del Peñón, lo que sin duda fue un atropello porque la capitulación de la plaza se hizo al archiduque Carlos, bajo el nombre de Carlos III, pero quien tenía la fuerza que era Rooke, su flota y el ejército que transportaba, fue quien impuso sus condiciones. Luego, en las conversaciones llevadas a cabo en Utrecht, los ingleses se mantendrían inflexibles en cuanto a la posesión de la plaza que de forma tan artera habían conseguido. En el décimo artículo de dicho tratado quedaba sellado el destino de Gibraltar:

El Rey Católico por sí y todos sus sucesores, cede por este tratado a la Corona de la Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la Ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto, y las defensas y fortalezas que le pertenecen, dando la dicha propiedad para que la tenga y goce absolutamente, con entero derecho y para siempre, sin excepción, ni impedimento alguno...<sup>13</sup>

Esta cláusula legitimaba la arbitraria actuación del Almirante Rooke que no era sino el comienzo de una larga serie de incalificables actuaciones, tales como la apropiación de aguas jurisdiccionales que para nada aparecen recogidas en Utrecht, la apropiación de amplios terrenos más allá de la demarcación de frontera que quedó establecida en el citado acuerdo y que ha permitido, entre otras cosas, la construcción en el siglo XX de un aeropuerto de Gibraltar, aprovechándose de los terrenos que humanitariamente le fueron cedidos para atender a los enfermos de una mortífera epidemia que asoló la ciudad en 1906 y que nunca fueron reintegrados a España.

---

<sup>13</sup> Artículo X del tratado de Utrecht, impreso en Madrid en 1716.

A lo largo de trescientos años España ha combinado la beligerancia –básicamente a lo largo del siglo XVIII<sup>14</sup>– con las tácticas diplomáticas<sup>15</sup> sin que, en ningún momento, se haya vislumbrado la reintegración de la plaza que Rooke entregó a Su Graciosa Majestad de forma artera. Durante todo este tiempo Gibraltar ha sido para Gran Bretaña la base militar desde donde controlar el paso del Mediterráneo al Atlántico y punto de aprovisionamiento de sus flotas. Lugar estratégico en los numerosos conflictos bélicos en los que los ingleses se han visto envueltos desde la fecha de su ocupación, sancionada por la Paz de Utrecht. Ha sido también lugar de refugio para los liberales españoles, cuando los vientos absolutistas soplaban con fuerza, y centro de contrabando<sup>16</sup> a gran escala y en la vida cotidiana del Campo de Gibraltar, con gran influencia en la economía de la zona, condicionada en muchos momentos por las fraudulentas relaciones comerciales establecidas a uno y otro lado de la frontera.

---

<sup>14</sup> Vid. José Calvo Poyato: "Los asedios españoles a Gibraltar en el siglo XVIII" en Gibraltar. Exposición organizada por la Consejería de Cultura. La Línea de la Concepción, 1982.

<sup>15</sup> Vid. Carlos Martínez Shaw: "Gibraltar, una contienda diplomática" en *La Aventura de la Historia* número 70. Madrid, agosto de 2004.

<sup>16</sup> Vid. Rafael Sánchez Mantero: "Gibraltar y el contrabando" en *Andalucía en la Historia*, número 6. Sevilla, agosto de 2004.